

## Hablar de Walter Benjamin\*

George Steiner

**D**urante el curso de invierno 1972-1973 tuve el privilegio de ser un invitado de la Universidad de Ginebra junto con Gershom Scholem. A éste también le encantaba comer en el hotel Schweizerhof de Berna. Me condujo a la misma mesa en la que Walter y él se reunían, la mesa en la que, al final de la Primera Guerra Mundial, redactaron los estatutos, el programa de examen y los programas de los seminarios de una universidad satírica y cómica imaginaria, que tomó el nombre de un suburbio de Berna: Muri, la *Universitât Muri*. “Sentémonos —me dijo una tarde Scholem— y hagamos la lista de los requisitos de admisión que se exigen a todo estudiante que desee participar en un seminario sobre Benjamin. ¿Qué condiciones tiene que cumplir para que lo aceptemos en nuestro curso imaginario?” El juego adquirió un cariz muy serio, como sucede con este género de juegos, y acordamos doce requisitos previos para poder leer una palabra de Walter Benjamin. El número 12, por supuesto, no es inocente para un pensador del judaísmo y de la cábala. Es casi una cifra predestinada.

Primer requisito: la emancipación de la burguesía judía alemana después de Napoléon y Heine, la salida del gueto. La profunda ambigüedad de esta situación: por una parte, el despliegue explosivo de los talentos comerciales, financieros e intelectuales; por otra, la contención implosiva del gueto detrás de todo esto. Su compleja coexistencia hasta la época de los padres de Benjamin. La creación de nuestra modernidad en la secularización del judaísmo a través de Marx, Freud y Einstein. El culto goethiano de esta comunidad judía emancipada para la cual Goethe significaba la presencia talismánica, imperiosa, de la esperanza humanista europea, un culto que se reflejará en el gran texto de 1923-1924, las *Wahlverwandtschaften* [*Las afinidades electivas*]. Después, de manera muy compleja y singular, en ese largo texto enciclopédico sobre Goethe de 1925-1926, destinado a la *Enciclopedia de Moscú*, texto que no hizo

---

\* Fragmento tomado de George Steiner, *Los logócratas*, México, FCE/Siriuela, 2007, pp. 31-40.

nunca. Pero también, patrimonio de esta burguesía judía alemana emancipada, una visión de Francia, la visión en buena medida idealizada de una Francia de las Luces emancipada, volteriana, una visión sometida a presiones extremas y que el asunto Dreyfus y sus consecuencias precipitaron en la crisis en Francia pero también en toda Europa. La primera condición es, pues, comprender este aspecto tan complicado de la historia europea.

Segundo requisito, dice Scholem: un estudio de los movimientos juveniles alemanes, no sólo de Gustav Wyneken, el primer maestro de Benjamin, sino, en el horizonte, la búsqueda en Alemania, en esta época, de una relación entre maestro y discípulo. El círculo de Stefan George es su ilustración más espectacular, pero esto se puede decir igualmente de muchos otros grupos. Y la propia historia de la palabra *Führer*; con su resonancia ética, mística: el que enseña, el maestro, el ejemplo paradigmático con su modulación en la política de lo pragmático. En el corazón de esta construcción se hallan, para el joven judío alemán, las tensiones entre un nacionalismo asimilacionista y el sionismo naciente. Los debates cada vez más tensos en torno a figuras como la de Buber y, un poco más tarde, la de Rosenzweig. Y el impacto de este debate, de estas tensiones, de esta dialéctica sobre Benjamin, que resume el célebre y ambiguo título de Herzl, *Altneuland*, la antigua tierra nueva. "Altneuland", que debe ser la Israel de los sionistas, pero formada, como sabemos, con arreglo a los ideales bismarckianos del Estado-nación, de manera que la "falsa situación" trágica estaba allí desde un principio.

Un tercer capítulo sería la historia, todavía mal comprendida, del pacifismo alemán. Un fenómeno muy infrecuente. El aislamiento voluntario de Walter Benjamin en relación con la *Freideutsche Jugend* fue la primera tragedia de su vida. Rompió con este movimiento, que adoptó una actitud militante favorable a la guerra y al patriotismo militante. Para los judíos esto acarrearba una supercompensación casi ridícula consistente en mostrarse más patriotas que los alemanes que los rodeaban. Las complicaciones psicológicas y morales de Scholem y Benjamin, pero también —empleo una palabra vulgar— su lado "holgazán" o "insumiso" y su refugio en Suiza. En este punto me ha resultado imposible —de qué otro modo podría ser— interrogar a Scholem. A Scholem le encantaba hablar (y lo hizo por escrito) del fantástico orgullo que sentía simulando la locura —lo recordarán ustedes—, fingiendo la epilepsia, saliendo con trampas de tres comités de revisión. Benjamin disponía de certificados médicos completamente fraudulentos, obtenidos gracias a las intervenciones de una familia privilegiada. Y cuando leemos las cartas de Scholem y notablemente



la correspondencia Scholem-Benjamin, en los dos volúmenes ya publicados, contamos menos de media docena de alusiones a la guerra mundial que se desencadenaba alrededor de ellos, y a la muerte de muchos de los que estaban muy próximos a ellos y que por nada en el mundo hubieran querido eludir su deber. Hay ahí un problema, del cual no tengo la menor idea pero sé que es muy hondo e importante; y sé también que no veremos muchas cosas hasta que no las hayamos abordado y nos hayamos enfrentado a ellas.

En cuarto lugar, claro está, el desarrollo de la lengua alemana a partir de Lutero y sus traducciones de la Biblia, de la línea mística e iluminada de Böhme, Angelus Silesius y Novalis, y sobre todo las técnicas paratácticas de Hölderlin y sus traducciones y comentarios a Sófocles, de *Edipo y Antígona*, tal como se pueden descubrir, justo antes y después de la Primera Guerra Mundial, a través de los trabajos pioneros de Norbert Hellingrath. El mismo, desde luego, cae como un héroe en el frente. El hermetismo dramático, según el nombre que le daré, y el expresionismo dialéctico, como lo encontraremos en las dos grandes *Römerbriefe* [*Cartas a los romanos*] de Karl Barth, en el *Geist der Utopie* de Ernst Bloch, en Heidegger por encima de todo, y que conduce en última instancia a la *Sprache im Norden der Zukunft*, a la “lengua al norte del futuro”, como dice el verso famoso de Paul Celan. Este alemán especial, singular, nace de una doble herencia: de la corriente pietista luterana y de la gran prosa romántica, de la que trata Benjamin en sus primeros escritos y en su tesis. Sin una gran atención a esta historia semántica, la textura famosa o, me atrevería a decir, notoria de la sección introductoria del *Ursprung des deutschen Trauerspiels* [*El origen del drama barroco alemán*], sigue siendo inaccesible. E incluso si uno se sumerge directamente en ella —y buen número de representantes de la industria benjaminiana, discúlpennos ustedes, no son capaces de manejar el alemán a ese nivel—, en la inmediatez de este capítulo tan rico y complejo de la historia de la lengua alemana, esta sección es al final “mucho más difícil que todo lo que se ha escrito desde Kant” (Adorno). O, de forma mucho más sencilla, “todo esto me parece totalmente incomprensible” (Scholem). Es muy importante, porque el alemán de Scholem es de una claridad sobrenatural, casi misteriosamente, como el de Freud. Freud y Scholem son los dos grandes maestros de la claridad, de una claridad última. Y esta opción por lo esotérico de Benjamin, Scholem la consideró extremadamente importante, hasta el punto de ser merecedora de estudio.



En quinto lugar, y la ironía es maravillosa después de la generosa acogida que se nos ha dispensado aquí, la imposibilidad de acceder a la universidad, que domina tanto la tragedia

como la vida de Benjamin. La incapacidad para asentarse en la universidad. El fracaso que condujo a la retirada de la *Habilitationsgesuch* [solicitud de habilitación para la enseñanza universitaria] en 1925. Es este fracaso el que empujará a Benjamin a la bohemia caprichosa y a las necesidades del periodismo cultural independiente, el que lo hará depender toda su vida del interés o la buena voluntad de los periódicos, la radio y las editoriales, y luego, de manera casi fatídica, del Instituto de Investigación Social y del mecenazgo de Horkheimer y Adorno. La nostalgia de un utópico resentimiento hacia la universidad condicionó profundamente la sensibilidad de Benjamin. Jamás de los jamases hubo un profesor más “frustrado”. Una sola y única necrológica, pero tan verdadera. Tan verdadera, esta necrológica aparecida en *Aufbau*, el periódico *yiddish* de Nueva York para los refugiados, que el 11 de octubre de 1940 informa del “trágico suicidio del profesor Walter Benjamin, el famoso psicólogo universitario”. Hacía falta un Kafka para escribirla. Y sin embargo Benjamin ansiaba esta aceptación, y muchísimas veces declaró que ello podría salvarle la vida. De hecho, a la hora de conceder papeles y visados, el estatus universitario de Adorno, por precario, por marginal que fuese, se reveló de una enorme importancia.

En sexto lugar, la mentalidad del coleccionista: un capítulo tremendamente rico y difícil. Benjamin, el experto bibliófilo, el librero maravillosamente dotado y apasionado, el coleccionista y el exégeta renombrado de los libros infantiles y los juguetes del siglo XIX, una colección célebre y magnífica. La palabra —volveré sobre ello— que lanzará Lévy-Strauss pero que se ajusta perfectamente a Benjamin: el *ethos*, la ética del *bricolaje*, que subyacerá a todo *Passagen-Werk*, que sólo un coleccionista podía concebir. O la famosa ocurrencia, aunque era más que una agudeza: “Sueño con escribir un libro compuesto únicamente de citas”. Por todos los conceptos, una observación de coleccionista, de un virtuoso de los catálogos de libros, de los catálogos razonados.

Lo emblemático de su fascinación por la alegoría y lo barroco, la colección de *figuri* y de configuraciones. Benjamin, como Shakespeare, nos guía. Supremo “coleccionista de bagatelas juzgadas insignificantes”, tiene un ojo fantástico para lo minúsculo; para él, el trapero de las calles de París es el testigo privilegiado de la naturaleza de la postrera civilización mercantil. De ahí uno de sus aforismos más obsesivos, totalmente inexplicable y totalmente convincente: “Mientras haya mendigos, habrá mitología”.

El séptimo capítulo, en el cual Scholem insistió en el curso de la conversación, está para mí totalmente cerrado: Benjamin grafólogo. Si usted no entiende esto, decía, entonces *nichts an-*

[...] el alemán de Scholem  
es de una claridad sobrenatural,  
casi misteriosamente,  
como el de Freud. Freud y Scholem  
son los dos grandes maestros  
de la claridad, de una claridad última.

*Si entendí bien a Scholem, el drogado y el místico son capaces de hacer concretas, bilden [imaginar], ausbilden, einbilden, durchbilden [desarrollar, figurar, perfeccionar] unas relaciones de una abstracción extrema, incluyendo la lógica formal. Scholem, no lo olvidemos, era un matemático, un temible especialista en lógica formal.*

*fangen*, “no hay nada que hacer”. ¿Por qué? Un detalle biográfico, de pasada: practicando el análisis grafológico ganaba duramente un dinero que necesitaba de manera apremiante. Es un detalle. Lo ejercía como profesional. Pero hay lazos evidentes, imagino, con su concepto de imagen y de huella, con *Spur, Bild, Annäherung y Bildannäherung* [huella, imagen, aproximación y aproximación de imágenes], con sus meditaciones sobre el acto de escribir, la escritura y sus enigmas de la similitud, que no es ni analogía ni ecuación. Una similitud no es una ecuación ni una analogía. Aparentemente, en grafología, es posible distinguir las con delicadeza, con exactitud, y es preciso para hacer un análisis grafológico serio. Lo repito: carezco de toda competencia en el que bien pudiera ser el ámbito sináptico vital que relaciona muchas facetas de la obra de Benjamin.

La octava zona, que asimismo me está cerrada: la experiencia repetida y, al parecer —hay todavía tanto que averiguar—, bastante masiva de narcóticos, de hachís en particular. Dicha experiencia se remonta, como sabemos ahora, por lo menos a 1927, pero probablemente a fecha más temprana. Está vinculada —el propio Benjamin establece el vínculo, por supuesto— a su permanente interés por Baudelaire, pero también a su inmersión en la contralógica de los sueños, del surrealismo, de lo alucinatorio en las artes y lo poético en general. Exploró en profundidad el mundo de la droga, experimentó en una época en la que el estatus de ese mundo era distinto del que tiene hoy, y esta diferencia es una de las más fascinantes transiciones que marcan la entrada en la modernidad. No es nuestro estatus. La manera en que Cocteau se drogaba no era la nuestra, y así sucesivamente. La sociología era profundamente diferente.

Y planteo la cuestión. El complejo de la droga tiene que ver también con las lecturas visionarias del *Angelus Novus*, con esta presencia única que se remonta a 1921, y con las imágenes tan particulares del discurso abstracto, hasta las últimas tesis. Si entendí bien a Scholem, el drogado y el místico son capaces de hacer concretas, *bilden* [imaginar], *ausbilden, einbilden, durchbilden* [desarrollar, figurar, perfeccionar] unas relaciones de una abstracción extrema, incluyendo la lógica formal. Scholem, no lo olvidemos, era un matemático, un temible especialista en lógica formal. Para él hay dos vías: la *illuminatio* auténtica y la vía de la droga; si uno no conoce ni la una ni la otra no será capaz de acercarse al centro de la doctrina de la imagen y de lo concreto.

El noveno capítulo es la cuestión, verdaderamente laberíntica, de la naturaleza y la medida de su rechazo del marxismo y el comunismo marxista leninista. Se habla demasiado poco

de sus relaciones profundas y trágicas con su hermano, quien perecerá en este drama, y que, como ustedes saben, regresa: regresa para morir por el KPD [Partido Comunista de Alemania]. Conocemos, o creemos conocer, sus relaciones con Asja Lacis, que empiezan en 1924. Hoy contamos con el diario de la estancia en Moscú, en 1925-1926. Publicado póstumamente, por supuesto. Creemos comprender el concepto de la materialidad y la tecnicidad del lenguaje y de las artes en su derivación a partir de la teoría marxista. Nos interesamos, aunque no la creo justa, por la famosa doctrina quiásmica de la estetización del fascismo y del nazismo en oposición a la politización de las artes en el comunismo. La creo enteramente falsa —basta repasar la historia del arte estaliniano y alemán oriental para saber que esta distinción utópica no se sostiene—, pero es una sugestión que ha tenido gran importancia.

Luego está el triste papel del metamarxismo en los conflictos de Benjamin con Scholem; después, fatalmente, con Horkheimer y Adorno. La compleja integridad de Benjamin con respecto a sus permanentes y muy especiales convicciones marxistas fue lo que hizo cada vez más difíciles los contactos con Nueva York, que hubieran podido salvarle la vida, pero también casi imposible la intimidad absolutamente indispensable con Scholem. Y nos gustaría saber mucho más acerca de los capítulos brechtianos en la vida y en las obras de Benjamin a partir de 1929. Especialmente en qué medida el genio virtuoso de Brecht, de este autor de metáforas, aforismos, breves parábolas lacónicas y fábulas, influirá en la ambición tardía de Benjamin en materia de aforismo y didáctica. No creo que podamos comprender esas increíbles últimas tesis, esas tesis teológicas, metafísicas, en su forma sin remontarnos formalmente al *Kleines Organon* de Brecht, a la manera en que, en un tiempo en el que el tiempo le falta, según afirma, se esfuerza por dejar atrás la extensión, por contraer el pasaje largo en la totalidad cristalina de la brevedad con objeto de salvar su sentido.

Un décimo capítulo sería el de las instrumentalidades únicas de la traducción en la historia de la lengua alemana, en la conciencia germanófono y en la literatura alemana. El alemán nace de la traducción de la Biblia por Lutero y de las traducciones que hace Goethe, a menudo de segunda mano, desde luego, pero no siempre, de no menos de treinta y siete lenguas. Ya he señalado que el alemán de Benjamin o de sus doctrinas es inconcebible sin las traducciones de Sófocles por Hölderlin y sin las traducciones de Dante, Baudelaire y Verlaine por George, y no pierde de vista a un personaje olvidado durante mucho tiempo, una figura repelente e irritante, pero que fue realmente un hombre de genio: me refiero a Rudolf Borchardt, que fue un gran traductor de Dante y de Valéry. El propio Benjamin,



como es sabido, tradujo a Baudelaire y a Balzac. Por fin salen hoy, convenientemente editadas, sus traducciones de Baudelaire y de Proust, etcétera. Su antología dio una importancia fundamental a la idea de la lengua adánica, que subyace a todas las articulaciones aparentemente separadas y a la metodología del desciframiento, la reacción enmetamórfica a una autenticidad perdida o disimulada en el *Urtext* [texto original]. La semiología universal de la correspondencia, a partir de Baudelaire, entre *Wort und Bild* [palabra e imagen], entre gesto y emblema. Una semiología de la traducibilidad, de la inter y la intratextualidad. Como he tratado de demostrar en *Después de Babel*, Walter Benjamin, al igual que Paul Celan después de él, se traduce al alemán. La lengua de Benjamin, como la de Celan, son sus traducciones, igualmente al alemán, de un conjunto semántico de intuiciones anteriores a los recursos limitadores de toda lengua, cualquiera que sea, y a las restricciones léxicas y gramaticales formales del lenguaje natural.

El undécimo capítulo, al que Scholem otorgaba asimismo una importancia muy grande, aunque en un tono sardónico, es el de Benjamin y el eros. [Nota: acaba de publicarse en Nueva York una novela —habrá un centenar—, una novela sobre Benjamin. Una novela muy mediocre —no es culpa suya; la mayoría de las novelas lo son— pero que presenta pura y simplemente como una evidencia que Benjamin frecuentaba los burdeles. No conozco ni el menor asomo de prueba de tal cosa. Pero esta novela habla de ello como de un hecho “bien conocido”. Fin de la nota.] Benjamin y el eros, el mortificante fracaso de toda relación duradera. De nuevo y siempre, la incapacidad apasionada de mantener una relación duradera, ya fuera con Dora Kellner, Julia Cohn, Asja Lacis, quizá en un momento, según se cree, Lisa Fittko y tantas otras. La incomparable finura de su análisis del eros y de la sexualidad en *Las afinidades electivas* de Goethe. Una delicadeza inigualada en su lectura de todos los matices de la gama: *Eros, Liebe, Leidenschaft* [eros, amor, pasión], sexualidad. La singular mezcla de timidez, reserva y brutalidad característica de las palabras que conocemos de Benjamin sobre la sexualidad, sobre la necesidad de las mujeres y el miedo, igualmente necesario a ellas.

Llego por fin al duodécimo capítulo de nuestros requisitos imaginarios: la decisiva cuestión de la teología. Cito —unas palabras que todos ustedes conocen, una cita que debe ser el punto de partida de todo estudio sobre Benjamin—: “La falsilla de la teología que está debajo de cada una de mis líneas”. Es su reflejo especular: *Spiegelbild*. Benjamin y el Heidegger moderno son los dos teólogos parodistas de nuestra época; el término “parodista” posee aquí la mayor gravedad. Apenas hay



un nodo, una constelación de palabras o terminológica que no esté en Benjamin cerca o se derive de lo teológico. Tomemos palabras al azar: el “aura”, lo “mesiánico”, “el ángel de la historia”, la “lengua adánica”, la famosa distinción entre “lo trágico” y “lo sufriente”, “lo icónico”, la “descomposición de lo sagrado”, lo “numinoso”. ¿Dónde interrumpir la lista? Donde Walter Benjamin está en el *summum* de sus recepciones reveladoras —en los escritos de Kafka— sobre la naturaleza interlineal de la textualidad, en las últimas tesis históricas y teológicas, trabaja en la teología y a contrapelo de ella: exactamente como Novalis, Holderlin y Hegel y, de una forma crucialmente disfrazada, Karl Marx. Sin el recurso y los modismos teológicos, tan frecuentemente explícitos, la obra de Walter Benjamin difícilmente existiría.

*Donde Walter Benjamin está en el summum de sus recepciones reveladoras —en los escritos de Kafka— sobre la naturaleza interlineal de la textualidad, en las últimas tesis históricas y teológicas, trabaja en la teología y a contrapelo de ella: exactamente como Novalis, Holderlin y Hegel y, de una forma crucialmente disfrazada, Karl Marx.*

## La elección de Theodore Roosevelt, 1912

John Lukacs

**E**n la primavera de 2003, como parte de un homenaje a John M. Hart organizado por la Universidad de Houston, Friedrich Katz ofreció una conferencia magistral sobre el trágico desenlace del gobierno de Francisco I. Madero en febrero de 1913, tan sólo unas semanas antes de que Woodrow Wilson asumiera la presidencia de Estados Unidos. Y en el transcurso de su exposición, a la luz de las simpatías de Wilson por la causa de Madero, Katz ensayó por unos cuantos minutos un luminoso ejercicio de historia contrafactual: si Madero sobrevive los acontecimientos que hoy conocemos como la Decena Trágica, ¿qué habría sucedido? Mientras Katz hacía correr en sentido inverso algunas de las cintas del tiempo, el asesinato de Madero apareció en la exposición del autor de *La guerra secreta en México* como un golpe contra el presidente electo de Estados Unidos. En este ensayo, incluido en el libro que editó Robert Cowley, *The Collected What If? Eminent Historians Imagine What Might Have Been* (Nueva York, G. P. Putnam, 2001), John Lukacs plantea otros dos escenarios contrafactuales en el mismo espacio temporal que las profundas y documentadas investigaciones de Katz nos han permitido conocer: si en agosto de 1912 la dirigencia del Partido Republicano hubiera aceptado la candidatura de Theodore Roosevelt y este último (y no Woodrow